

A partir de cero

Historia crítica de la literatura colombiana (literatura colonial, 3 volúmenes)

Héctor H. Orjuela.

Editorial Kelly, Bogotá, 1992.

Existen varias historias de la literatura colombiana —desde la obra pionera de Vergara y Vergara en 1867—, unas con intención de relectura crítica, otras con el propósito de manual pedagógico, pero las que no pecan de superficiales —meras referencias de segunda mano—, o bien son ya anacrónicas, o bien son incompletas, o bien son colages en los que cada tema es tratado por especialista distinto, con el resultado de que los libros —el *Manual de literatura* de Colcultura— no tienen la unidad de criterio que confiere que la obra tenga sólo un autor.

Por otra parte —más por aburrída que por extensa, más por dificultades en la localización de fuentes que por particular complejidad o belleza de los materiales— parecía imposible que un solo autor pudiera abordar la tarea de escribir, él sólo, una historia crítica de la literatura colombiana.

Sólo que este país cuenta con un investigador de la constancia, minuciosidad y formación de Héctor Orjuela. Egresado del Instituto Caro y Cuervo —institución editora de muchos de sus libros—, profesor del mismo instituto y de la Universidad de California (Irvine), el recuento de sus libros publicados puede observarse ahora, en retrospectiva, como un paciente noviciado para emprender una historia de nuestra literatura. En efecto, el profesor Orjuela es autor de bibliografías analíticas de las fuentes de la literatura colombiana (1968), del teatro (1974), de la poesía (1971), de las antologías de poesía colombiana (1966), y de sendas biografías de Pombo y de Silva, la primera con una bibliografía exhaustiva. Preparó ediciones del Yuruparí, de Fernández de Oviedo, de la obra inédita de Pombo y de la obra completa de Silva, esta última para la Unesco. Vista en su conjunto —y en mi recuento faltan cosas—, la obra crítica de Orjuela ha sido una larga preparación, un plan "coherente y ambicioso", que culmina con su *Historia crítica*.

Dotado, como está, de los instrumentos propios de su objetivo, el relato histórico crítico aborda nuestro acontecer literario desde una doble perspectiva que toma en cuenta el contexto social y político —como marco global— y analiza los autores y los textos según las retóricas características de su momento.

Estos enfoques, convertidos en una metodología, le permiten a Orjuela establecer una periodización, que fija con relación a la visión del mundo de los sucesivos grupos generacionales, el "trasfondo histórico social, poética tipificadora, discursos literarios, dominantes y marginales, etc."

Entre todos sus valores, cabe destacar, sin embargo, el significado de que sea una obra construida a partir de cero, leyendo todo el material, eludiendo referencias de segunda mano. Inclusive, como primer lector, como único lector, de algunos de los textos.

Los tres volúmenes publicados por Editorial Kelly abarcan autores nacidos a lo largo de tres siglos, entre 1470 y 1770. Durante este período siguen destacándose las figuras principales que la tradición ha consagrado —Juan de Castellanos, Domínguez Camargo, Rodríguez Freile y la madre Del Castillo—, pero al lado de ellos, como sus pares en importancia, surgen otros nombres como los cronistas Aguado, Pedro Simón y Alonso de Zamora, o como los hermanos Pedro y Bruno Fernández de Valenzuela, nacidos y criados en Santafé, en una casa donde su padre guardaba con celo el ataúd y la mortaja que lo acompañarían a la tumba. Pedro escribió nuestra primera novela —*El desierto prodigioso y prodigio del desierto*— y Bruno el primer drama. Revaloriza, también, a Juan de Cueto y Mera y a los poetas Francisco Antonio Vélez Ladrón de Guevara, Juan Francisco de Páramo y Cepeda y fray Felipe de Jesús.

Con la publicación de los volúmenes dedicados a la Colonia, Orjuela ha pasado el Rubicón de su historia. Cabe esperar que dé a la imprenta los volúmenes que completan su obra faraónica.

DARÍO JARAMILLO AGUDELO



La construcción de un género

Historia de la crítica literaria en Colombia

David Jiménez Panesso

Universidad Nacional y Colcultura, Bogotá, 1992.

Durante muchos años que abarcan la memoria viva —el tiempo suficiente para establecer un prejuicio— ha imperado la mentira de que no existe la crítica en nuestro país. Disculpa para autores vanidosos o tema adicional de la crítica misma, en todo caso, con su libro David Jiménez Panesso parece demostrar lo contrario. Y, además, se ocupa de localizar el origen de esta postura: "En las décadas del veinte al cincuenta parece existir un cierto acuerdo en Colombia acerca de la inexistencia, o al menos intrascendencia, de la crítica literaria nacional, aunque se difiere ampliamente a la hora de asignar causas al fenómeno". En seguida agrega las variadas hipótesis de Sanín Cano, Hernando Téllez, Rafael Maya y Jorge Zalamea, es decir, los críticos negando la crítica.

Sin embargo, el hecho patente es que tenemos una crítica —la que nos merecemos, como siempre sucede—, una crítica que ya merece ser estudiada en su transcurso histórico, como lo hace ahora David Jiménez, profesor de la Universidad Nacional.

Para Jiménez, la crítica es una actividad consolidada en el siglo XIX:

esto le da motivo para omitir toda la Colonia, en la que ciertamente no abundan las reflexiones sobre la literatura. Por su lado, Héctor Orjuela destaca un texto de Domínguez Camargo, que considera fundador de nuestra crítica.

Pero aquéllos eran balbuceos.

En el primer capítulo analiza la crítica durante el siglo XIX. Allí dedica apartados a José María Samper, un ensayista "dividido en dos mitades mal soladas", para quien lo esencial de la poesía era el sentimiento; José María Vergara y Vergara, católico, partidario de la originalidad, propagandista de la poesía popular y de la novela y enemigo de lo francés: "el cultivo de la literatura francesa nos matará al fin"; Salvador Camacho Roldán, quien, no obstante ser autor de sólo dos artículos de crítica, le merece muchos elogios y varias páginas a Jiménez, en las que destaca que la poesía para Camacho Roldán es "conocimiento de la verdad oculta" y que la literatura tiene valor de documento social. También incluye, a pesar de su escasa producción, a Juan de Dios Uribe, quien predicaba el combate contra la "lira cristiana" con la "lira liberal". No parece tampoco muy clara —y este es el tercer caso— la mención de Núñez en un capítulo aparte, y más cuando el mismo autor reconoce "la trivialidad de sus comentarios y la insignificancia de su aporte al género crítico".

En cambio de la inclusión de esas —para una historia de la crítica— figuras menores, se extraña la ausencia de acápites dedicados a José María Rivas Groot —compilador de *La Lira Nueva* y prologuista de antologías de mucho valor coyuntural.

A partir de Miguel Antonio Caro —católico, hispanófilo, tradicionalista—, Jiménez trenza su historia como una lucha entre dos tendencias, mejor, dos espíritus, el primero representado por Caro, Gómez Restrepo y Maya —proclásicos, moralistas, ortodoxos—, y el segundo representado por la figura central de este libro, Baldomero Sanín Cano, y algunos personajes posteriores.

Sanín Cano representa "la autonomía de lo estético", el escepticismo, la apertura hacia lo universal, la libertad formal. Sanín es el lector artista que

aspira a que la crítica tenga tanto valor como la poesía o la novela, y a él se dedica un capítulo entero de esta historia.

El tercer capítulo enfoca la crítica en la época del modernismo: Ricardo Tirado Macías, para quien la poesía era "lo inexpresado, lo no dicho", al igual que Andrés Holguín seguiría diciendo treinta años después; Tomás Carrasquilla, quien reivindica lo local frente al oficio de "cincelar camafeos grecorromanos"; Antonio Gómez Restrepo, continuador de Caro, a quien Jiménez considera "un anacronismo perpetuado en institución académica, un investigador que trabaja sin preguntas"; Carlos Arturo Torres, discípulo de Rivas Groot, quien creía que el poeta es "soldado en el combate del progreso eterno" y era un obseso de los "temas elevados". También hay apartados especiales para Saturnino Ramírez, un desconocido colaborador de revistas de fin de siglo, que representa para Jiménez el arquetipo del nietzscheano puro, y para Eduardo Castillo, un crítico subjetivo que se interesaba en las "sonoridades inauditas" y la "sugestión inquietante".

En el capítulo del modernismo se extraña la ausencia de Vargas Vila, quien no sólo escribió abundantemente sobre temas literarios, sino que tuvo una influencia que —sospecho— todavía se prolonga en nuestros días.

El cuarto y último capítulo detiene esta historia en la crítica posterior al modernismo. Rafael Maya cree en valores eternos y en el clasicismo. Luis Tejada es un leninista entusiasmado, que hace profesión de vanguardista. Jorge Zalamea ve en la injusticia social el problema para resolver.

Esta historia culmina con Hernando Téllez, y esto la hace ver como inconclusa. De la generación siguiente hay menciones laterales a Gaitán Durán, pero la cronología no le permitió llegar a Fernando Charry Lara, Rafael Gutiérrez Girardot y Hernando Valencia Goelkel.

Así mismo es curioso que esta historia académica omita cierta crítica académica —Otero Muñoz, García Prada, Carlos Martín, el Caro y Cuervo todo— y la crítica que se produjo en ciudades distintas de Bogotá y de la Medellín de fines del siglo XIX.

Pero el mismo autor se adelanta a estas observaciones cuando anota que no se trata de hacer un estudio exhaustivo. Y en realidad son adjetivos frente al mérito principal de haber elaborado un relato de los avatares de nuestra crítica.

DARÍO JARAMILLO AGUDELO



La tradición misticante

Guillermo Valencia

Germán Espinosa

Colección Clásicos Colombianos, Bogotá, 1989.

Hablar de Guillermo Valencia implica sumarse a una discusión. Esta discusión empieza en 1914, cuando se publica la segunda edición de *Ritos*, con el famoso prólogo de Baldomero Sanín Cano, en el que ya están contenidos todos los argumentos que después usarán los defensores de Valencia; continúa con la aparición de "Bardolatría" de Eduardo Carranza, que pone en cuestión la figura de Valencia como el poeta colombiano por excelencia, y se prolonga hasta los más recientes juicios de Andrés Holguín, en su *Antología crítica de la poesía colombiana* (1975), y Rafael Gutiérrez Girardot, en su artículo "La literatura colombiana en el siglo XX" (1980), quienes, desde distintos puntos de vista, le dan a la obra, de Valencia un